



**BOLETÍN
DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE HISTORIA**

**Volumen C Nº 208-B
Julio-diciembre 2022
Quito-Ecuador**



BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

**Volumen C
N° 208-B**

**Julio-diciembre 2022
Quito-Ecuador**

APUNTES SOBRE LA HISTORIA DE LA LITERATURA ECUATORIANA¹

-DISCURSO DE INCORPORACIÓN-

Galo Galarza²

Este es uno de los días más importantes de mi vida. Ser admitido como Miembro Honorario en una Academia de la que formaron parte hombres y mujeres ilustres de nuestro país, quienes consagraron su vida entera al estudio de una de las más apasionantes disciplinas del intelecto humano, como es la Historia. En las paredes de este salón, que lleva, por cierto, el nombre de un destacado historiador y diplomático, de quien tuve el privilegio de ser su alumno en la Universidad Católica de Quito; en los hermosos retratos pintados por el artista Angeloni Tapia y otros artistas, nos miran esos hombres y mujeres desde aquella dimensión donde van los sabios y los justos y allí se quedan en la memoria de sus pueblos.

Yo no soy un historiador de profesión, dediqué mi vida profesional a la diplomacia y mi vida pasional a la literatura, como algunos de ustedes conocen, sin embargo, me he aventurado a realizar algunas investigaciones de carácter histórico, particularmente relacionadas con la historia de la literatura ecuatoriana. Siguiendo esta

1 A propósito de la Historia y Antología de la Literatura Ecuatoriana publicada por la Academia Nacional de Historia, en colaboración con la Casa de la Cultura Benjamín Carrión.

2 Licenciado en Ciencias Jurídicas, Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Doctor en Ciencias Internacionales, Universidad Central del Ecuador. Realizó cursos complementarios en la Academia de Derecho Internacional de La Haya, Holanda, el Centro de Comercio Internacional de la Comunidad Europea de Bruselas, Bélgica, y en el Instituto Internacional de Administración Pública de París, Francia. Diplomático de carrera, se retiró de la vida diplomática en el año 2021, para dedicarse enteramente a la literatura y a la investigación histórica. En el Ministerio de Relaciones Exteriores desempeñó varias funciones, entre ellas: Director de Relaciones Culturales, Director de Investigaciones y Publicaciones en la Academia Diplomática, Director de Planificación, Subsecretario del Servicio Exterior, Subsecretario para América Latina y el Caribe, Viceministro y Ministro de Relaciones Exteriores, subrogante.

línea, me atrevo a presentar ante ustedes algunas notas sobre esta materia, inspirado en esa magna obra que ha emprendido, desde hace algunos años, la Academia Nacional de Historia y en la que han participado decenas de investigadores, escritores y escritoras de diferentes regiones y ciudades del Ecuador. Todos quienes han participado en esta tarea, concretada en veinte volúmenes, merecen el aplauso y el reconocimiento del país. Antes ya se hicieron estudios en esta materia, como los de Isaac Barrera o Aurelio Espinosa Polit o Benjamín Carrión o Galo René Pérez o Hernán Rodríguez Castelo, por mencionar algunos ejemplos, o aquel loable esfuerzo contenido en diez tomos publicados por la Universidad Andina Simón Bolívar y la Corporación Editora Nacional, titulado “*Historia de las literaturas ecuatorianas*”³ y aquella selección que dirigió Jorge Enrique Adoum, con la editorial Eskeletra, contenida en cinco espléndidos volúmenes, titulada *Antología Esencial. Ecuador siglo XX*, o, claro, la célebre *Biblioteca Ecuatoriana Mínima*, publicada a principios de la década de los sesenta del mismo siglo XX, y de la cual se deberían hacer otras reimpressiones para conocimiento de las nuevas generaciones. Todo ese cúmulo de investigación y esfuerzo intelectual quedará como un legado para quienes se interesen en esta apasionante materia.

En mi libro *Breviarios/diarios/memorias/libros*⁴ publicado recientemente por editorial Eskeletra de Quito, incluyo un trabajo que presenté en el Círculo de Bellas Artes de la ciudad de Montevideo, cuando desempeñaba las funciones de embajador del Ecuador en la República Oriental del Uruguay. Tomando como base ese trabajo, incluyo algunas reflexiones sobre la historia de la literatura ecuatoriana que por muchos años he venido realizando sobre esta materia, como ya lo mencioné, y que se publicaron, fundamentalmente, en la revista *AFESE* del Servicio Exterior del Ecuador.

Con justicia se preguntarán –decía entonces– por qué un embajador les viene a hablar de literatura cuando normalmente mis colegas tratan temas más relacionados con la política, la economía, el

3 Universidad Andina Simón Bolívar, Historia de las literaturas del Ecuador. Ver en: <https://www.uasb.edu.ec/vinculacion/historia-de-las-literaturas-del-ecuador/> (20-12-2022).

4 Galo Galarza, *Breviarios/diarios/memorias/libros*, Eskeletra, Quito, 2022.

comercio, los conflictos armados. Yo les digo que hablar este momento de literatura es un privilegio inmenso porque, de alguna manera, es hablar de la paz y de la inteligencia, en una hora sombría del mundo, cuando la paz y la inteligencia son atropelladas (literalmente) cada día. Es probable que, a esta misma hora, en otros lugares del mundo y en nuestro propio país, seres humanos como nosotros, con nuestras mismas ilusiones y sueños, estén enterrando a sus muertos o curando a sus heridos o buscando a sus expatriados por acciones brutales de delincuentes y extremistas, de gobiernos fanáticos y asesinos de diferente laya o guerras fratricidas que siendo de apariencia medieval amenazan con convertirse en una amenaza nuclear. La literatura y la paz, entonces, nos salvan de ese horror.

Y fíjense ustedes, queridas amigas y queridos amigos, cuánta actualidad y vigencia tienen esas reflexiones pronunciadas hace algunos años.

La utilidad de la literatura, decía entonces, es que permite conocer a profundidad el alma de un pueblo. Quien no haya leído a Rulfo, Fuentes o Paz no puede conocer al pueblo mexicano, como no puede conocer al pueblo ruso quien no haya leído a Dostoievski, Tolstoi o Chéjov. Quien no haya leído a Faulkner, Hemingway o Roth, sobre todo a ese Philip Roth de la *Pastoral Americana*,⁵ no entenderá la idiosincrasia de esa gran nación norteamericana (con todas sus virtudes y horrores).

Lo mismo ocurre con el Ecuador: quien no haya leído a Espejo, Montalvo o Adoum, por mencionar tres nombres, tampoco conocerá el alma del pueblo ecuatoriano. De ahí la utilidad y la necesidad de hablar sobre literatura, en este caso sobre literatura ecuatoriana.

Pero, ¿qué método utilizar para tocar un tema tan vasto en apenas unos minutos, un tema que bien puede ser tratado en varios cursos, como de hecho ocurre en la actualidad en universidades de dentro y fuera del país? Se ha creado una red de “ecuatorianistas”, como se sabe, en universidades norteamericanas y europeas que se dedican a este fin. Creo, entonces, que la historia puede venir en

5 Philip Roth, *Pastoral Americana*, Penguin Random House Grupo Editorial España, 20 oct 2011.

nuestro auxilio y al menos caracterizar algunos períodos y encontrar allí a los más destacados autores.

Apenas podré dar algunas pinceladas sobre un tema tan amplio. Pero veamos esos períodos de la historia:

Precolombino. Los primeros vestigios humanos que se encuentran en el actual territorio de la República del Ecuador se remontan hace aproximadamente 10.000 años. Agrupaciones que se asentaron en la costa litoral junto al Océano Pacífico (se piensa que llegaron por mar desde regiones asiáticas o por tierra en su peregrinar desde otras regiones del norte, después de cruzar las tierras congeladas del Estrecho de Bering) y desarrollaron formas de cultura diversa (sobre todo trabajos en arcilla, orfebrería y organización comunal), así encontramos las culturas Chorrera, Valdivia (la de las preciosas Venus que se encuentran en muchos museos del mundo), Huancavilca (que fueron extraordinarios navegantes, he visto emocionado algunas de esas balsas en los más importantes museos del mundo), Joama-Coaque, entre otras. Igualmente se han encontrado vestigios de culturas en la Sierra, en los montes aledaños a la actual ciudad de Quito, particularmente en la zona del Ilaló. Pero de esta etapa nada queda para la literatura escrita, quedan relatos orales sobre mitos y leyendas que se fueron transmitiendo de generación en generación y que obedecen más a los miedos a lo desconocido, a la muerte, a la intrascendencia que aquellos hombres y mujeres creaban alrededor de un fuego o después de una terrible pesadilla (método que uso Cortázar, por cierto, para elaborar sus cuentos muchos años más tarde). Así crearon sus propios dioses y sus propias formas de adorarlos: al Sol, a la Luna, a los astros, a algunos animales y plantas.

A partir de la segunda mitad del siglo XV llegan los incas al actual territorio de la República del Ecuador y después de feroces enfrentamientos con las tribus y pueblos locales logran imponerse en base a alianzas matrimoniales y victorias militares. El último de los incas: *Atahualpa*, nace precisamente en el actual territorio del Ecuador. Sin embargo, la presencia del imperio de los incas (con todas sus formas culturales: idioma kichwua, escritura en hilos y nudos, los kipus, los sabios lectores de estos instrumentos, los kipukamayos,

etc), apenas perdura en el actual Ecuador donde los incas permanecen por apenas seis décadas. Curiosamente la lengua kichwa se extendió más en la población indígena en el período colonial, cuando el colonizador la utilizó para catequizar. Tampoco se registra literatura escrita en este período, siguen los cuentos y leyendas, aunque se encuentra un drama: *Elegía a la muerte de Atahualpa* de autor anónimo que hasta ahora no se puede probar su autenticidad o tal vez se escribió mucho más tarde, ya con los elementos de la lengua española.

Es recién a partir de mediados *del siglo XVI* cuando los españoles llegan al actual territorio ecuatoriano, en sus exploraciones procedentes de Panamá, y emprenden una conquista compleja y no exenta de los traumas y horrores que deja toda conquista, cuando aparecen registros escritos. *En 1530* Sebastián de Benalcazar y un grupo de 200 hombres funda o refunda o refunde la actual capital de los ecuatorianos, Quito, en el mismo lugar donde ya existía este asentamiento milenario que tuvo también importancia en el incario. Fue, como se sabe, la segunda ciudad sagrada, después del Cusco. E igual importancia tuvo antes de la llegada de los incas.

Y recién dos siglos más tarde comienzan a aparecer textos con valor literario. Fundamentalmente porque en Quito se crean universidades, colegios, se trae la imprenta, los sacerdotes jesuitas (hasta su expulsión en 1767) imparten una educación de calidad. Entre ellos mismos surgen importantes escritores: *Juan Bautista Aguirre*, por ejemplo, (que es un poeta costumbrista, con una agudeza quevediana: “*Son estos piojos taimados/animales infelices/grandes como mis narices/gordos como mis pecados/cuando veo que estirados/van muy grandes en cuadrilla/me asusto de maravilla/desde que un piojo arisco/solo con darme un pellizco/me sumió la rabadilla*”).⁶

O *Juan de Velasco* (quien escribe la primera historia del Ecuador que es en verdad su primera novela, como lo han observado algunos críticos, porque habla de un fabuloso *Reino de Quito*, más

6 Antonio de Bastidas, Juan Bautista Aguirre y Aurelio Espinosa Polit (Editor), *Los dos primeros poetas coloniales ecuatorianos, siglos XVII y XVIII: Antonio de Bastidas [y] Juan Bautista Aguirre*, J. M. Cajica, México, 1960, p. 522.

marcado por la fábula que por la realidad). Una historia en la cual desfilan gigantes, animales, pueblos y plantas mitológicas.

En definitiva, como dijo el poeta chileno Pablo Neruda: los conquistadores españoles se llevaron el oro pero nos dejaron el oro, el oro de las palabras:

Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos -dice Neruda- Estos andaban a zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas...todo se lo tragaban con religiones, pirámides, tribus, idolatrías...por donde pasaban quedaba arrasada la tierra...Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, de las piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes...el idioma. Salimos perdiendo...Salimos ganando...Se llevaron el oro pero nos dejaron el oro...Se lo llevaron todo y nos dejaron todo...Nos dejaron las palabras.⁷

Y con esas palabras se armaron los más bellos textos para cantar al nuevo Dios, al amor o a la libertad, una esquivada libertad que comenzaba a brillar en el horizonte del *siglo XIX*.

Con esas palabras dejadas por el conquistador, un mestizo quiteño llamado *Eugenio Espejo*, hijo de indígena y mulata (quien para poder matricularse en las escuelas de la elite criolla adoptó el pomposo nombre de Eugenio de Santa Cruz y Espejo) se convirtió en el más poderoso escritor de esa etapa colonial. Espejo es la piedra angular de la literatura ecuatoriana. Nace y muere en Quito (1747-1795), escribe tratados, reflexiones filosóficas, agudas críticas al régimen colonial (que le valen la prisión hasta su muerte), funda el primer periódico o revista de literatura: *Primicias de la Cultura de Quito*. Sus ideas sirven para que el 10 de agosto de 1809 un grupo de patriotas quiteños depongan al gobierno español y formen el primer gobierno autónomo, que por cierto dura apenas un año, porque los ejércitos coloniales acantonados en Lima y Bogotá marcharon sobre Quito y destruyeron el movimiento a sangre y fuego. Sin embargo, esa semilla de libertad (esa *luz de América*, como dijo el sacerdote y

⁷ Cfr. Pablo Neruda en: Isabel López Martínez, *Neruda y los escritores de la Edad de Oro*, Editorial CSIC - CSIC Press, Sevilla, 2009, p. 91.

escritor chileno Camilo Henríquez) prendió una lucha que se prolongó por más de una década hasta conseguir la independencia.

Precisamente en esta etapa independentista es que aparece otro notable poeta, el guayaquileño *José Joaquín de Olmedo*, quien participa activamente en ese proceso y se convierte en el cantor de la gesta bolivariana. Su largo poema épico, de 900 versos, titulado: *Canto a Bolívar/la victoria de Junín*, fue considerado en su época como otra piedra angular de la literatura independentista:

El trueno horrendo que en fragor revienta/ y sordo retumbando se dilata/
por la inflamada esfera/ al Dios anuncia que en el cielo impera./
Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta/ a la hispana muchedumbre/
que, más feroz que nunca amenazaba/ a sangre y fuego, eterna servidumbre/
y el canto de victoria/ que en ecos mil discurre, ensordeciendo/
el hondo valle y enriscada cumbre/ proclaman a Bolívar en la tierra/
árbitro de la paz y de la guerra.⁸

Las palabras que se le cayeron al conquistador de los yelmos y las babas, sirvieron para cantar al héroe que los expulsó de América.

Ya en ese Ecuador del *siglo XIX* surgen otras voces que dan aportes a la literatura, pero entre todas ellas es la de *Juan Montalvo* la que más trasciende y perdura. Juan Montalvo nace en Ambato en 1832 y muere en París en 1889. Prosista notable. José Enrique Rodó, el gran autor uruguayo, fue un exégeta (un gran admirador) de la obra montalvina. En su libro *Motivos de Proteo*⁹ pone a Montalvo a la altura de Bolívar. Lo ve como el más importante escritor de esa época.

La literatura de Montalvo –dice Rodó– tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino en el valor de la nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sentir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago, están impregnadas de una virtud más honda, que viene del innato poder de simpatía y del ritmo enérgico y airoso de la vida moral.¹⁰

8 José Joaquín de Olmedo, *Victoria de Junín*, 2a., edición, Libresa, 1988, p. 69.

9 José Enrique Rodó, *Motivos de Proteo*, J. M. Serrano y C., 1909.

10 José Enrique Rodó, *Ariel; liberalismo y jacobinismo*, Editorial Porrúa, España, 1968, p. 245.

Aparte de escribir notables ensayos (sobre todo aquellos que están contenidos en *Los siete Tratados*, *el Cosmopolita* y *Las Catilinarias*, se propone escribir una singular novela a la que titula: *Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, en la cual pretende emular la prosa del gran Manco de Lepanto, pero no como una imitación sino como una recreación, como un instrumento para contar historias de su época. Recién ahora se está valorando como se debe esta obra montalvina.

De todas formas, hay otros hechos dignos de mencionarse en la literatura ecuatoriana en el siglo XIX: la publicación de la primera novela feminista, escrita por *Miguel Riofrío*, titulada *La Emancipada* (publicada en fascículos en el año 1863) donde este autor lojano habla sobre una mujer rebelde y valiente que lucha por sus derechos en una sociedad machista y represiva, y se convierte así en una obra pionera; y de la novela *Cumandá*, escrita por *Juan León Mera* en 1879. Mera es un escritor y pintor ecuatoriano de los más destacados de ese siglo, autor del Himno Nacional del Ecuador. Su novela *Cumandá/un drama entre salvajes*, muy influenciada por la novela *Atala* del francés Chateaubriand, tiene todo el ingenuo candor del romanticismo y de la supremacía del blanco y la religión católica sobre las costumbres de los “salvajes”, pero tiene el gran valor de describir con belleza los paisajes de la selva ecuatorial, igual de lo que él mismo hizo con su pincel. Fue, además, un estudioso de la cultura popular de su época.

Ya en el *siglo XX*, los escritores ecuatorianos aparecen en diversos momentos con fuerza, particularmente en los años 30 y 60. Una pléyade de novelistas, cuentistas y poetas pueblan el panorama de la literatura nacional. Antes, en 1904, *Luis Alfredo Martínez* publica una singular novela titulada: *A la costa*, en la cual narra la migración de los trabajadores serranos a Guayaquil (el puerto principal del país y el polo más activo de desarrollo económico) huyendo de la miseria y la explotación de los terratenientes serranos. Es una obra que despojada del ideal romántico presenta un agudo tema social y humano. En estos mismos días se presenta en el Museo Nacional (MUNA) una extraordinaria muestra sobre la vida y obra de este destacado escritor y pintor ambateño.

Y, es a partir de 1930, cuando aparece un pequeño libro de cuentos titulado *Los que se van* de tres jóvenes guayaquileños: *Joaquín Gallegos Lara*, *Demetrio Aguilera Malta* y *Enrique Gil Gilbert*, la literatura ecuatoriana entra en una nueva etapa. Se incorporan a la narrativa las voces desconocidas y olvidadas de los montubios (campesinos de la costa), con todos sus mitos, leyendas y dramas humanos. A lo largo de la década del 30 al 40 aparecerán varias novelas y libros de cuentos de estos mismos autores y de otros escritores también guayaquileños: *José de la Cuadra* y *Alfredo Pareja Diezcanseco*, que se difunden a nivel internacional y se la conoce como la producción del Grupo de Guayaquil (“Éramos cinco como un puño”, dirá uno de ellos). Son novelas en las cuales se describe matanzas obreras (“Las cruces sobre el agua”), luchas políticas (“Las pequeñas estaturas”), mitos campesinos (“La Tigra”), anhelos campesinos (“Nuestro pan”). Es, en definitiva, una literatura que influenciada por el “realismo socialista” de la época, incorpora a la literatura a los hombres y mujeres de carne y hueso, a los que se pretendía ocultar del mapa de la nueva Patria. A este grupo paralelamente o más tarde se sumarán dos autores dignos de mencionar: *Ángel F. Rojas* que escribe una excelente novela, muy propia de esa época: *El éxodo de Yangana* (sobre la migración de un pueblo lojano hacia el oriente, huyendo de la persecución gubernamental) y *Pedro Jorge Vera* con una serie de novelas y cuentos, de desigual factura.

Y si eso hacen los jóvenes guayaquileños, un autor quiteño: *Jorge Icaza* (que luego tendrá muchos seguidores o imitadores en otras partes del país) plasma una obra narrativa igualmente poderosa incorporando al indio de la sierra en sus relatos y novelas. Su obra más conocida es *Huasipungo*, que se publica en 1934 y, en poco tiempo, se convierte en la novela ecuatoriana más conocida y traducida de todos los tiempos. Hace poco se hizo un mapa literario del mundo y se escogió un libro para que represente a cada país. Los autores de este ejercicio escogieron a *Huasipungo* por el Ecuador. *Huasipungo* es una palabra kichwua que quiere decir nuestra casa y narra la brutal explotación a la que estaban sometidos los indios de la Sierra. El patrón criollo heredó la crueldad de sus ancestros españoles

para imprimir una forma de maltrato y explotación brutales. Icaza llega, en su novela, a momentos, a la exageración y a la caricatura, pero despertó enseguida, debemos reconocerlo, muchas simpatías y adeptos porque incorporó otro tema a la literatura nacional que se lo tenía proscrito o escondido bajo la alfombra. Icaza es igualmente autor de una novela excelente titulada: *El chulla Romero y Flores* (publicada ya en la década del 50), para mí su mejor obra narrativa, en la cual pinta la vida y desventuras de un mestizo quiteño (hijo de español e india) que a toda costa trata de resaltar y destacar las virtudes de su padre español y esconder las de su madre india. Es una crítica aguda a un comportamiento que primó por muchos años en nuestra región latinoamericana, eso de querer a toda cosa magnificar lo español y esconder, cuando no destruir, lo indígena. *Adalberto Ortiz* (escritor esmeraldeño), por su parte, unos años más tarde, rescata el mundo de la negritud en su conocida novela “Juyungo”. Por cierto, hay que destacar que la primera novela de corte indigenista fue la escrita por el autor otavaleño *Fernando Chávez*, titulada *Plata y Bronce*, publicada en 1927.

En esos mismos años aparece también un narrador singular, talvez el más singular autor de la literatura ecuatoriana, el lojano *Pablo Palacio*, que saliéndose de ese estilo de denuncia social y de rescate de personajes campesinos e indígenas, hace una narrativa original y diversa, muy cercana a la que en Uruguay hizo Felisberto Hernández o años más tarde, en Argentina, Macedonio Fernández, cuentos y novelas que parecen armados de manera geométrica. Su novela *Débora* (1927) y sus libros de cuentos *Un hombre muerto a puntapiés* (también de 1927) y *Vida del ahorcado* (1932), serán estudiados muchos años más tarde en universidades norteamericanas y europeas como lo más original de la literatura ecuatoriana. Palacio murió demente, preso en las paredes de un manicomio guayaquileño a los 40 años, sin imaginar jamás que su obra cobraría con el paso de los años esa dimensión.

Y si hubo este florecimiento (este boom de la literatura ecuatoriana) en los años 30, también hubo un florecimiento magnífico de la poesía. Desde los “decapitados” como se conoció a un grupo de jó-

venes poetas de diferentes regiones del Ecuador, marcados e influenciados por los poetas malditos franceses: Baudelaire, Rimbaud, Verlaine y por el modernismo de Rubén Darío, que hicieron de su obra y de su vida un canto a la decrepitud, a lo obscuro, a la muerte (de allí su nombre de decapitados, como los llamó el crítico *Raúl Andrade*), muchos de ellos muertos prematuramente por su propia mano (*Medardo Ángel Silva*, *Arturo Borja*) o por el exceso de droga (*Humberto Fierro*). Sus bellos y terribles poemas fueron curiosamente tomados por el pueblo llano muchos años más tarde y convertidos en canciones. *El alma en los labios*, el poema más duro de Silva, el cual entrega a su amada el momento de pegarse un tiro en su presencia y despedirse, es interpretado más tarde con un sentimiento admirable por el cantante popular Julio Jaramillo. Casi es un himno alterno de enamorados y nostálgicos. Un poema suicida que se convirtió en canto popular.

Desde los decapitados, digo, hasta la obra formidable de poetas como *Jorge Carrera Andrade* (que fue candidato a recibir el Premio Nobel de Literatura el mismo año en que otro poeta y diplomático de nacionalidad francesa pero nacido en una isla del Caribe, Saint John Perse, lo obtenía, según nos cuenta *Darío Lara* en su extensa biografía), *Gonzalo Escudero*, *Alfredo Gangotena*, *Hugo Mayo*, *Augusto Arias*, entre otros. Y más tarde (ya en la segunda mitad del siglo), *César Dávila Andrade* (para mí el más grande poeta ecuatoriano de todos los tiempos, con una obra singular y emparentada con la del peruano César Vallejo). En años posteriores, ya en los albores del siglo y adentrado el siglo XXI, aparecerán otros poetas y narradores, en diferentes regiones del Ecuador, dignos de mencionarse: *Jorge Enrique Adoum* (que también escribe una novela crucial para la literatura ecuatoriana titulada: *Entre Marx y una mujer desnuda*, llevada también al cine), *Humberto Salvador*, *Alfonso Cuesta*, *Efraín Jara Hidrovo*, *Miguel Donoso Pareja* (también poderoso narrador guayaquileño), *Francisco Tobar García*, *Francisco Granizo*, *Alejandro Carrión*, *Alfonso Barrera Valverde*, *Filoteo Samaniego*, *Jaime Galarza Zavala*, *Julio Pazos* (premio Casa de las Américas), *Bruno Sáenz*, *Antonio Preciado* (con sus notables cantos sobre la negritud), *Marco Antonio Rodríguez*, *Fernando Nieto Cadena*, *Rubén Astudillo*, *Ileana Espinel*, *Sonia Manzano*,

*Alexis Naranjo, Iván Oñate, Simón Zavala, Violeta Luna, Wankar Ari-
ruma Kowii* (el más importante poeta que escribe en kichwa), *Roy Si-
güenza, Mario Campana* (también destacado ensayista), *entre otros y
otras*. El siglo XX, como vemos, dio, definitivamente, importantes fi-
guras para la literatura ecuatoriana.

Y así como en los años 30 floreció este grupo magnífico de
poetas y narradores antes descritos (los del Grupo de Guayaquil y
compañía), en la década del 60 volverán a surgir otros narradores y
poetas de importancia que se agrupan en una revista quiteña lla-
mada *Pucuna* y ellos mismos se denominan *Movimiento Tzánzico* (es
decir que reduce cabezas, a la manera de los mal llamados jíbaros,
que quiere reducir las cabezas de las vacas sagradas de la literatura
nacional). Movimiento de jóvenes rebeldes, muy influenciados por
la Revolución Cubana y los movimientos contestatarios que surgie-
ron en todo el mundo, desde los *hippies* en América del Norte hasta
los efluvios del mayo del 68 en París y los *nadaistas* en Colombia. A
este grupo de jóvenes rebeldes se irán sumando después (en años
posteriores) autores de otras generaciones que formaron una agru-
pación que se denominó *Frente Cultural*. Pasadas las horas de euforia
y puestos a trabajar en obras de mayor aliento dejarán para la litera-
tura ecuatoriana un importante número de novelas, cuentos y poe-
marios. Cabe mencionar entre ellos a *Abdón Ubidia* (poderoso
narrador, dueño de una considerable obra narrativa, autor de un
libro muy bello titulado: *Ciudad de Invierno*, *Iván Egüez* (autor de *La
Linares* y otra saga de novelas, cuentos y poemarios), *Raúl Pérez To-
rres* (premio Casa de las Américas, autor de varios libros de cuentos
de temática urbana), *Francisco Proaño Arandi* (también destacado di-
plomático y actual secretario de la Academia Ecuatoriana de la Len-
gua, con una magnífica producción de novelas y cuentos), *Humberto
Vinueza, Ulises Estrella, Raúl Arias, Guido Díaz, Luis Corral, Pablo Ba-
rriaga*, entre otros. En los mismos ámbitos universitarios hay otro
grupo de poetas, quienes también pretenden con su obra presentar
una fuerte protesta social: *Rafael Larrea, Alfonso Muirragui*, son sus
exponentes más importantes. En torno a la revista *Ágora*, por su
parte, destacarán los hermanos *Araujo Sánchez (Diego y Francisco)*,

Vladimiro Rivas, Bruno Sáenz, los hermanos Ponce Cevallos (Federico y Javier), quienes, con el pasar del tiempo, aportarán libros de preciosa factura, tanto en narrativa, como en poesía, como en ensayo.

En otras ciudades del Ecuador también surgen escritores dignos de mencionarse: en Guayaquil *Jorge Velasco MacKenzie*; en Cuenca, *Eliecer Cárdenas y Jorge Dávila Vázquez*; en Loja *Carlos Carrión*, en Guaranda *Teresa León, Augusto César Saltos, Luis Falconí, José Félix Silva, Gonzalo Karolys* (ya fallecidos) o *Julio César Vizuete, Ermel Aguirre, Ramón Torres* (menciono estos nombres de entre varias mujeres y hombres nacidos en la provincia Bolívar o relacionados con esta provincia central del Ecuador, como un ejemplo, de muchos otros autores que merecen ser mejor conocidos en el resto del país por sus aportes a la literatura).

En la última década del siglo XX (y esta es la etapa que mejor conozco por haberla vivido de cerca) surgen también, con fuerza, los talleres literarios que, inspirados en la experiencia que desarrolló con éxito Miguel Donoso Pareja en México y lo replicó en Ecuador, publican sus propias revistas. Tienen nombres extraños, casi zoológicos: *Matapiojo, Pedradazurda, El escarabajo utópico, Tientos y Diferencias, La mosca zumba, Sicoseo, Eskeletra*. De allí también saldrán autores interesantes: *Huilo Ruales* (uno de los escritores con obra más original y fuerte, parecida a la que gestó el chileno Roberto Bolaño e igual en su propósito de enseñar el realismo sucio, violento, ya muy diferente del realismo mágico que trabajaron en otro momento muchos autores latinoamericanos. En su obra, las mujeres ya no levitan entre flores amarillas sino que se revuelcan en los charcos putrefactos de sociedades infames, atormentadas por la degradación ecológica o el egoísmo de un hipercapitalismo feroz, en lo que él denomina *Los Kitos Infernos*), *Raúl Serrano Sánchez* (magnífico cuentista y ensayista), *Raúl Vallejo* (quien publicó, entre otras obras, una novela interesantísima, con la cual obtuvo un importante premio en España, sobre Velasco Ibarra, ese presidente ecuatoriano que fue electo cinco veces y fue depuesto cuatro, ese presidente que fue amigo de Juana de Ibarbourou y que se casó con otra poeta, la argentina Corina del Parral,); *Alfredo Noriega* (prolífico autor, radicado en Francia, al igual

que Huilo Ruales, Telmo Herrera y Ramiro Oviedo), *Ramiro Oviedo* (excelente poeta, profesor en la universidad de Bolonge sur Mer), *Ramiro Arias* (narrador y director de la editorial Eskeletra), los hermanos Zambrano (*Otto y Miguel Ángel*), *María Eugenia Paz y Miño*, *Jenny Carrasco*, *Rubén Darío Buitrón*, *Byron Rodríguez*, *Gustavo Garzón* (desaparecido en uno de los gobiernos mal llamados democráticos), *Edwin Madrid*, *Allan Coronel*, *Pablo Salgado*, *Fernando Artieda*, *Fernando Balseca*, *Fernando Iturburu*, *Diego Velasco*, *Alfredo Pérez*, *Pablo Yépez*, entre otros narradores y poetas.

Así, entramos al *siglo XXI*, a estas dos décadas del siglo en que vivimos, donde vemos con optimismo cómo siguen surgiendo autores en todas las regiones del país. Si pudiésemos hacer con sus nombres una guía talvez resultara algo similar a la que saldría de los abogados o los médicos o los carpinteros o los futbolistas, porque así es el número de gente que está comprometida, de una u otra forma, con la escritura. ¿Cuántos quedarán de ellos y ellas? ¿Cuánto de su obra perdurará? Solo el tiempo lo dirá, la literatura como el arte tienen sus misterios. De pronto un autor como Pablo Palacio que murió loco a los cuarenta años y que jamás pudo ni quiso autopromocionar su obra, se convierte, con el paso del tiempo, en un autor de culto; o un poeta como César Dávila Andrade que se suicida en Caracas (despechado de soledad y destierro) con el pasar de los años se convierte en otro autor de culto, cuando muchísimos otros poetas y narradores contemporáneos suyos que en determinado momento parecían los vates oficiales (más celebrados y aplaudidos e invitados y glorificados, premiados y condecorados, elevados a los cenáculos del Parnaso) quedaron en el completo olvido. Nadie se acuerda ahora de sus libros, de sus famas, de sus premios, de sus cabezas coronadas. Los misterios de la literatura: Kafka rogando a Max Brod que quemara sus libros a su muerte y luego, gracias a la desobediencia de su amigo, convertido en uno de los autores más grandes de la literatura de todos los tiempos. Un Pessoa escondiendo su monumental obra en baúles y él mismo escondiéndose en heterónimos, con el paso de los años se convierte en el autor más célebre de Portugal y uno de los más célebres del mundo.

Lo que sí podemos afirmar es que la literatura que hoy se hace en Ecuador por parte de autores de muy diversas generaciones, desde los que vienen publicando ya desde mediados del siglo XX hasta los más jóvenes, es de lo más variada y de muy compleja trama, ya no se cae en localismos ni se tiene la intención de levantar a las masas con novelas y cuentos (como las que hicieron los autores de los años 30 del siglo pasado y algunos de los años 60). Hay novelas como las del quiteño *Javier Vásconez*, otro importante autor (premio Eugenio Espejo de este año) que comenzó a publicar su obra en la década de los ochenta del siglo XX, en las cuales sus personajes surgen de una clase decadente que se revuelve entre las paredes de una ciudad lejana y que pueden nacer en Quito (ciudad que ama y odia) o Praga y morir en Nueva York; o novelas como las del guayaquileño *Leonardo Valencia* en las cuales sus personajes pueden nacer en Roma y morir en Guayaquil, crea este excelente autor ambientes que salen de un mundo futurista donde hay libros flotantes en ciudades sumergidas por el calentamiento global, o mundos que giran en torno a escaleras de Bramante, el título de su más lograda novela; o las que escribe *Carlos Arcos*, para contar amores lésbicos o incestuosos o que se mueven en el Perú de Fujimori o en la borrosa etapa de la conquista española; o las que construye con morosidad *Modesto Ponce* para contar largas agonías; o las que publica *Jaime Marchán* para describir una sociedad alucinada por los falsos poderes o los volcanes de niebla; o la obra de autores mucho más jóvenes como *Luis Alberto Bravo*, en la que rescata la vida de un pintor de trenes voladores en medio de una trama policial; o la de *Salvador (Jorge) Izquierdo*, en su *Te Faruru*, novela armada como una espiral en la que se mete en la vida cultural y literaria de Uruguay en los años más brillantes del pintor Torres García, por citar algunos ejemplos. Porque junto a ellos, hay una serie de narradores de primera línea, dignos de mencionar y que merecerían capítulos separados: *Santiago Páez*, *Ernesto Carrión*, *Telmo Herrera*, *Marcelo Báez*, *Oscar Vela*, *Adolfo Macías*, *Hans Behr Martínez*, *Edgar Allan García*, *Diego Cornejo Menacho*, *Santiago Vizcaíno*, *Efraín Villacís*, *Miguel Antonio Chávez*, *Juan Carlos Moya*, *Carlos Vásconez*, *Esteban Mayorga*, *Augusto Rodríguez*, *Andrés Cadena*, *Adriano Valarezo*, *Alexis Zal-*

dumbide, Paul Hermann, Juan Pablo Castro, Edwin Alcaraz, César Chávez (muerto prematuramente). Y poetas, como *Cristóbal Zapata, Juan José Rodinás, los hermanos Gil (Pedro y Ubaldo, también fallecidos prematuramente y, en cuya memoria, se lleva ahora mismo un encuentro de literatura ecuatoriana, dirigido por el buen amigo vasco Aitor Arjol, apasionado por la literatura ecuatoriana), Gabriel Cisneros, Freddy Peñafiel, Xavier Oquendo, Carlos Oramas, Juan Carlos Astudillo, Andrés Villalva, Pablo Meriquet, entre otros.*

La novela histórica también encuentra importantes cultores en este siglo (la zaga de los Ortiz: *Benjamín, Gonzalo, Juan*), *Diego Araujo Sánchez, Alfonso Reece, Agueda Pallares, Iñigo Salvador, Luis Zúñiga, Felipe Vega de la Cuadra* (con una excelente novela titula: “La libertad que no llega”). Este interesante género (si así podemos llamarlo) tuvo un gran cultor en el siglo XIX: *Carlos R. Tobar*, con su novela “Relación de un veterano de la Independencia”. Y en el siglo XX, otros excelentes narradores como *Enrique Terán* (y su *Cojo Navarrete*), *Leopoldo Benítez Vinuesa* y *Miguel Ángel Alborno* (ambos también destacados diplomáticos).

La literatura testimonial y/o autobiográfica (que no ha tenido un desarrollo constante en nuestro país), tiene también interesantes cultores: *Francisco Febres Cordero, Mónica Varea*, los excancilleres *José Ayala Lasso* y *Diego Cordovez*, los expresidentes *Rodrigo Borja, Rosalía Arteaga* (quien también es autora de libros de poesía y narrativa), *Alfredo Palacio* y *Jamil Mahuad*, por mencionar a quienes han publicado sus obras en el siglo XXI. *Pablo Cuvi*, además de ser un excelente narrador y cronista, ha sido el editor de algunos de estos libros.

El ensayo literario que desde los trabajos de *Agustín Cueva Dávila, Bolívar Echeverría, Alejandro Moreano, Fernando Tinajero*, hasta los de *Wilfrido Corral, Alicia Ortega, Daniela Alcívar, Mario Campana, Gustavo Salazar, Iván Rodrigo Mendizábal, Cecilia Ansaldo* (impulsora de la excelente Feria de Libro de Guayaquil), *Paul Puma, Diego Falconí* (obtuvo el premio Casa de las Américas), *María Barrera-Agarwal, Fernando Albán* (quien dirige la revista *Elipsis*, de las pocas revistas literarias que se mantienen en el país), han tenido una trascendencia

que merece igualmente mencionarse. Lo mismo que el arduo trabajo emprendido por los hermanos *Barriga López (Franklin y Leonardo)*, *Rodolfo Pérez Pimentel*, *Rodrigo Riofrío Jiménez*, *César Alarcón Costa*, cuando armaron sus monumentales diccionarios biobibliográficos.

La literatura escrita para niños y jóvenes tiene, así mismo, un gran desarrollo desde finales del siglo XX hasta nuestros días. Hay un tomo entero de la Historia y Antología de la Literatura Ecuatoriana que dedica a las escritoras y escritores que han publicado sus obras. Sería muy largo enumerar aquí al numeroso grupo de autores y autoras que han escrito para niños y jóvenes.

No menciono a los autores de piezas teatrales ni guiones cinematográficos porque merecerían un estudio aparte.

Finalmente decirles que las mujeres que no habían tenido un rol protagónico en la literatura ecuatoriana de los siglos XIX y XX (salvo contadas excepciones como las de *Dolores Veintimilla* -en el siglo XIX y a quien los “intelectuales orgánicos” de aquella época la llevaron al suicidio-), *Alicia Yanez Cossio*, *Nela Martínez*, *Lupe Rumazo*, *Iliana Espinel*, *Gilda Holst*, *Natasha Salguero*, en el XX), y mucho menos en los siglos anteriores, donde las mujeres que querían escribir debían meterse a un convento para plasmar sus textos disfrazadas de monjas (*Hernán Rodríguez Castelo* realizó un estudio clave sobre este aspecto), hoy, en el siglo XXI, por el contrario, tienen una presencia notable, tanto como narradoras que como poetas. Entre las narradoras podemos señalar a *Mónica Ojeda* y *Gabriela Alemán* que están entre las más destacadas de América Latina. La novela *Nefando* de Mónica Ojeda está considerada entre las mejores del nuevo *boom* latinoamericano, armado recientemente por los críticos del diario *El País* de España, y su traducción al inglés quedó entre las finalistas para el National Book Award 2022. Y entre las poetas, podría mencionar a *Sonia Manzano*, *Sara Vanegas*, *Maritza Cino*, *María Aveiga*, *Siomara España*, *Aleyda Quevedo*, *Margarita Laso* (quien es, además, una excelente cantante), *María Fernanda Espinosa*, también destacada diplomática, llegó a ocupar la presidencia de la Asamblea General de Naciones Unidas y fue dos veces canciller de la República). Más otras talentosas poetas y narradoras de varias generaciones y regiones como *María Luz Albuja*, *Solange Rodríguez* (prolífica cuentista, de las mejores

del país), *Sandra Araya, Lucrecia Maldonado, Aminta Buenaño, Sophía Yáñez, Carla Badillo, Gabriela Ponce, Daniela Alcívar* (a quien ya mencioné también como notable ensayista, autora de una extraordinaria novela titulada: *Lo que fue el futuro*, *Andrea Crespo, Valeria Guzmán, Mariuxi Valladares, Rocío Soria, María Clara Sharupi* (quien escribe poesía en idioma shuar), *Yuliana Ortiz Ruano, Julia Rendón Abrahanson*, por mencionar a algunas de ellas.

Toda antología deviene, a la larga, en antojonía, decía hace unos años un crítico español, inventándose esa palabra, casi como un silogismo, y tenía razón. La persona que se encargue de armar una antología, sea del talante que fuera, deberá un momento escoger a su antojo a tal o cual autor o tal o cual trabajo de ese autor que vaya a integrar una antología de cuento o poesía o ensayo. Esto produjo, hace unos días, una amigable discusión con mi buen amigo, el poeta Simón Zavala, quien consideraba que antojonía tenía una connotación despectiva. No fue así. Espero que, finalmente, lo haya aceptado. Querer incluir en una antología a todos aquellos hombres y mujeres que, a lo largo del tiempo, han escrito o publicado poemas, cuentos, ensayos, piezas de teatro, historias para niños y jóvenes, novelas, en nuestro país, es una tarea casi imposible, podría resultar una especie de guía telefónica, similar a aquellas que se publicaban en el pasado. Alguien deberá, algún momento, para ello están los más serios estudiosos, escoger un parámetro para la selección, incluso si fuese de su propia obra.

Muchas gracias queridas amigas y queridos amigos por acompañarme en esta hermosa e inolvidable tarde quiteña. Tengo la certeza, por las limitaciones de este trabajo, que omití en mi intervención a otras autoras y autores ecuatorianos, de diferentes épocas y lugares. Espero que sus nombres y sus obras, con toda justicia, aparezcan en alguno de los veinte tomos que conformarán la Antología e Historia de la Literatura Ecuatoriana, impulsada por la Academia Nacional de Historia, que inspiró esta ponencia y que, repito, merece nuestro sonoro aplauso.

Buenas tardes

Bibliografía

BASTIDAS, Antonio de; BAUTISTA AGUIRRE, Juan y ESPINOSA POLIT, Aurelio (Editor), *Los dos primeros poetas coloniales ecuatorianos, siglos XVII y XVIII: Antonio de Bastidas [y] Juan Bautista Aguirre*, J. M. Cajica, México, 1960.

GALARZA, Galo, *Breviarios/diarios/memorias/libros*, Eskeletra, Quito, 2022.

LÓPEZ MARTÍNEZ, Isabel, *Neruda y los escritores de la Edad de Oro*, Editorial CSIC - CSIC Press, Sevilla, 2009.

OLMEDO, José Joaquín de, *Victoria de Junín*, 2a., edición, Libresa, 1988.

RODÓ, José Enrique, *Motivos de Proteo*, J. M. Serrano y C., 1909.

-----, *Ariel; liberalismo y jacobinismo*, Editorial Porrúa, España, 1968.

ROTH, Philip, *Pastoral Americana*, Penguin Random House Grupo Editorial España, 20 oct. 2011.

Universidad Andina Simón Bolívar, *Historia de las literaturas del Ecuador*. Ver en: <https://www.uasb.edu.ec/vinculacion/historia-de-las-literaturas-del-ecuador/> (20-12-2022).



La Academia Nacional de Historia es una institución intelectual y científica, destinada a la investigación de Historia en las diversas ramas del conocimiento humano, por ello está al servicio de los mejores intereses nacionales e internacionales en el área de las Ciencias Sociales. Esta institución es ajena a banderías políticas, filiaciones religiosas, intereses locales o aspiraciones individuales. La Academia Nacional de Historia busca responder a ese carácter científico, laico y democrático, por ello, busca una creciente profesionalización de la entidad, eligiendo como sus miembros a historiadores profesionales, entendiéndose por tales a quienes acrediten estudios de historia y ciencias humanas y sociales o que, poseyendo otra formación profesional, laboren en investigación histórica y hayan realizado aportes al mejor conocimiento de nuestro pasado.

Forma sugerida de citar este artículo: Galarza, Galo, "Apuntes sobre la historia de la literatura ecuatoriana", *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. C, N°. 208-B, julio - diciembre 2022, Academia Nacional de Historia, Quito, 2023, pp.534-552